

**EL
PODER**

**DE LAS
BANDERAS**

**HISTORIA Y SIGNIFICADO
DE NUESTROS SÍMBOLOS**

TIM MARSHALL

**POR EL AUTOR DEL BEST SELLER
PRISIONEROS DE LA GEOGRAFÍA**

El poder de las banderas

Historia y significado de nuestros símbolos

Tim Marshall

Traducción de María Eugenia Santa Coloma

PENÍNSULA

Título original: *Worth Dying For. The Power And Politics Of Flags*

© Tim Marshall, 2016, 2017
Primera publicación por Elliott and Thompson Limited

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Primera edición: enero de 2021

© de la traducción del inglés: María Eugenia Santa Coloma Costea, 2021

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2021
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Depósito legal: B. 21.760-2020
ISBN: 978-84-9942-958-8

ÍNDICE

Introducción	9
1. Barras y estrellas	19
2. La Unión y la bandera	51
3. La cruz y las cruzadas	79
4. Colores de Arabia	125
5. Banderas del terror	155
6. Al este del edén	179
7. Banderas de libertad	215
8. Banderas de revolución	241
9. El bueno, el feo y el malo	273
Bibliografía	309
Agradecimientos	315
Índice onomástico y temático	317

I

BARRAS Y ESTRELLAS

«No tiene ni un hilo, pero desprecia la autocomplacencia,
la debilidad y la codicia.»

CHARLES EVANS HUGHES, secretario
de Estado de Estados Unidos
(1921-1925)



ILLEGAL DRONE
ON TERROR
THIDDA SHEH



AMERICAN GOVT.
IS THE BIG TERRORIST
AGAINST THE MUSLIM
WORLD

STOP
DRONE
ATTACKS IN PAKISTAN

STOP
UNLEGAL
DRONE
ATTACKS IN
PAKISTAN
SHARI MAHAZ MULTAN

STOP DRONE ATTACKS.
DRONE ATTACKS ISM IN PAKISTAN.
SHARI MAHAZ MULTAN.

Páginas anteriores: Seguidores de la organización ilegal Jamaat-ud-Dawa queman las barras y estrellas en Quetta, Pakistán, en mayo de 2016, como protesta contra un ataque con drones estadounidenses en suelo pakistaní.

«Oh, decid, ¿podéis ver, a la temprana luz de la aurora?» En Estados Unidos la respuesta es un rotundo sí. Del alba al ocaso, Estados Unidos es un derroche de rojo, blanco y azul. La bandera ondea en los edificios gubernamentales, en lo alto de los supermercados y en los concesionarios de coches; desde el tejado de la mejor mansión hasta la casa más humilde, con su cerca de madera blanca, y desde la cabaña de madera hasta la Casa Blanca. Por la mañana se alza, sobre millones de astas, mientras la «tierra de Dios» se prepara para crear de nuevo todos los días la nación de mayor éxito jamás vista en la tierra.

Esta es la bandera estrellada. La bandera más reconocible, amada, odiada, respetada, temida y admirada en el mundo.

La bandera ondea en más de setecientas bases militares en más de sesenta países en todo el mundo, con un personal estadounidense que excede los doscientos cincuenta mil y que prestan sus servicios en el extranjero. Para algunas personas en estos países, ver las barras y estrellas en este contexto militar es un recordatorio de que su seguridad depende en parte de la superpotencia. Sin embargo, para los detractores de Estados Unidos, es un símbolo de poder y orgullo desmesurado. Representa el hoy obsoleto orden posterior a la Segunda Guerra Mundial, o incluso la bandera del imperialismo. Vista desde el exterior de una base en Polonia, es probable que la bandera

provoque una emoción distinta que cuando se observa en Irak. Una flota pesquera japonesa en la isla de Taiwán no cuestionará el derecho de un portaaviones con las barras y estrellas a surcar las vías marítimas del modo en que lo haría una flota china. Es tal la disparidad de emociones que algunos antiamericanos, sobre todo los europeos de extrema izquierda, incluso la representan con esvásticas en lugar de con estrellas, haciendo gala de su propia falta de saber histórico, y escriben América como «Amérika». Pero esto es ajeno a las innumerables personas en todo el mundo que admiran a Estados Unidos y al que de hecho llaman Tío Sam en tiempos de necesidad.

Para los estadounidenses, ver su bandera fuera del país es un recordatorio tan solo de su compromiso en el mundo, su historia en diversas guerras; criticar su bandera alimenta el eterno debate en Estados Unidos acerca del aislacionismo y el compromiso. El presidente Bush involucró a las fuerzas armadas estadounidenses en el exterior en nuevas guerras, el presidente Obama intentó sacarlas; aprendió las complejidades de la política exterior y acabó interviniendo militarmente en más países que su predecesor. Como está viendo ahora el presidente Trump, para bien o para mal, el poder de Estados Unidos hace que su presencia en el panorama internacional sea indispensable. Una decisión presidencial de no actuar puede tener tantas repercusiones como intervenir.

Los estadounidenses veneran su bandera en una manera que pocos pueblos lo hacen. Sus colores primarios son su símbolo primitivo de la identidad nacional, y en ocasiones las barras y estrellas se consideran una forma de arte. El artista Jasper Johns ha dedicado gran parte de su carrera a representarla en un lienzo, a lápiz, en bronce, y la ha superpuesto sobre muchas otras superficies. Para él, no es un icono que hay que promover o denigrar, sino que lo que le fascina como artista es el poder absoluto que proyecta y la emoción que suscita. Andy

Warhol también tomó la bandera y la impulsó, e hizo alusión a ella en su comentario visual sobre Estados Unidos y los materiales pertenecientes al legado cultural norteamericano. Por ejemplo, cogió la fotografía de Buzz Aldrin junto a la bandera en la Luna, tomada por Neil Armstrong, la fusionó con otras fotos del histórico viaje y la coloreó, incluida la bandera, en tonos rosas y azules. Warhol no era abiertamente político en su arte, pero identificó no solo un momento increíble en la historia, sino también la época en que tuvo lugar. La naturaleza psicodélica de las serigrafías complementó la brillantez tecnológica del acontecimiento a finales de los sesenta. La bandera apareció asimismo en el álbum de mayor éxito de Bruce Springsteen, *Born in the USA*; abundaron las teorías sobre las intenciones de la portada del álbum y qué mensaje político transmitía. Como dijo Springsteen en una entrevista concedida a *Rolling Stone*: «La bandera es una imagen potente, y cuando sueltas ese material, no sabes qué se va a hacer con él».

En el plano político, la bandera se utilizó con gran efecto en la trascendental campaña publicitaria en televisión de Ronald Reagan en 1984, «Morning in America». Hacia el final del anuncio de cincuenta y nueve segundos, la voz en *off* pronuncia la frase lapidaria: «Amanece de nuevo en Estados Unidos», y luego el futuro del Tío Sam —los niños pequeños— observan maravillados mientras las barras y estrellas se adentran en un nuevo día, un día de esperanza. El uso del amanecer, la bandera y la expectativa de un brillante futuro hablaron a la conciencia colectiva de una nación que aún se está recuperando de la guerra de Vietnam y no se siente muy segura de sí misma tras la presidencia de Carter de 1977-1981, en la que Irán humilló a Estados Unidos durante la crisis de los rehenes en su embajada en Teherán.

Al contemplar la bandera desde el jardín delantero, los niños irían a la escuela y recitarían: «Juro lealtad a la bandera de

Estados Unidos de América y a la república que representa, una nación bajo Dios, indivisible, con libertad y justicia para todos». El Juramento de Lealtad, publicado por primera vez en 1892, se propagó paulatinamente por todo el país y sirvió para forjar una identidad nacional tras la guerra de Secesión y durante un periodo de elevada inmigración. La bandera se usó para fomentar la lealtad y la unidad en un país fragmentado y diverso; desde entonces, generaciones de estadounidenses se han puesto firmes, con la mano en el corazón, para reconocer este símbolo de la nación cada mañana. El juramento pasó a ser oficial cuando se adoptó el Código de la Bandera Nacional en la Conferencia de la Bandera Nacional en 1923, momento en el que 28 estados lo habían incorporado a las ceremonias escolares, y fue aprobado como ley por el Congreso en 1942. En 1943, se volvió inconstitucional exigir que se hiciera el juramento, pero sigue siendo una práctica generalizada y casi desconocida en otras democracias modernas.

Todo el día, estos trozos de tela pintada se mecen con la brisa marina hasta el mar resplandeciente, con representaciones visibles en cada tienda, escuela, lugar de trabajo y administración. Y luego por la noche, a menudo con gran solemnidad y prestando atención a unas directrices estrictas, si se ha de arriar la «vieja gloria», se hace lentamente, asegurándose de que no toque el suelo y de que la reciben «unas manos y unos brazos extendidos». El Código de la Bandera nos dice: «Es costumbre universal desplegar la bandera solo desde el alba hasta el ocaso en edificios y astas fijas al aire libre. No obstante, cuando se quiere obtener un efecto patriótico, la bandera se puede desplegar veinticuatro horas diarias si se ilumina adecuadamente durante las horas nocturnas». Existen ocho tipos de emplazamientos en los que la bandera ondea día y noche de conformidad con un fundamento jurídico concreto. Entre ellos están el monumento nacional de Fort McHenry, Baltimore; el memorial del Cuerpo de

Marines de Estados Unidos de Iwo Jima, Arlington; la Casa Blanca, y en los puertos aduaneros de entrada estadounidenses.

Para muchos estadounidenses, su bandera se parece mucho a un símbolo sagrado. Es la representación de lo que ellos mismos describen como «una nación bajo Dios», y los políticos del país han parafraseado con frecuencia unas palabras de Jesús que promueven la idea de que Estados Unidos es «una ciudad resplandeciente en una colina». Ciertamente o no, su bandera es el tema de canciones, poemas, libros y obras de arte. Representa la infancia del pueblo, sus sueños, su rebelión original contra la tiranía y ahora sus libertades. Su historia es la del propio Estados Unidos, y lo que sienten los estadounidenses por ella representa la historia de una nación. Ninguna otra bandera de un país está cerca de igualar el reconocimiento que infunde la bandera estadounidense, ni la magnitud de las emociones negativas o positivas que evoca.

Esto se puso de manifiesto después de los ataques del 11S, cuando muchos políticos estadounidenses, y algunos reporteros y presentadores televisivos, empezaron a llevar un pin con la bandera en la solapa. En el clima de tensión de 2001, pronto se convirtió en una medalla de honor como muestra de que a uno le importaba, o, si no se llevaba, en motivo de sospecha de una falta de patriotismo. Se trataba, claro está, de una falsa dicotomía, pero, en tiempos de febriles ciclos informativos las veinticuatro horas, muchos optaron primero por la seguridad. Casi todos los miembros del personal del Gobierno de George W. Bush lo llevaban. El entonces senador Obama se puso por poco tiempo un pin con la bandera tras el 11S, luego se lo quitó; después, cuando le preguntaron el porqué durante la campaña presidencial de 2008, lo recuperó y lo llevó casi todos los días.

Resulta paradójico que muchos de estos pequeños símbolos metálicos de emoción provengan de fábricas lejanas en el

este asiático. En 2010, el Departamento de Estado se sintió avergonzado al descubrir que en su tienda de regalos se vendían pins con la bandera estadounidense en bolsas de plástico que ponía «Hecho en China».

Se tardaron 183 años y numerosas versiones para que la bandera tuviera el aspecto actual. El modelo vigente con sus 50 estrellas de cinco puntas individuales, que representan los cincuenta estados de la Unión, tal vez no sea el último. Los prototipos de la bandera aparecieron a mediados de la década de 1760, antes del nacimiento de la nación, e incluso hoy oímos los ecos de aquella época en el moderno y conservador Tea Party (Partido del Té); el nombre de sus miembros proviene de la organización original Hijos de la Libertad, que en 1773 arrojó por la borda 342 arcones de té británico en el puerto de Boston como protesta por unos impuestos injustos. Este acontecimiento, que llegó a conocerse como el motín del té, consolidó la identificación de Massachusetts como la cuna de los «patriotas» contra lo que se consideraba cada vez más una Gran Bretaña foránea. Los Hijos de la Libertad tenían una bandera con nueve barras horizontales blancas y rojas, y se cree, aunque no se ha demostrado, que el diseño básico de las barras y estrellas se obtuvo a partir de este.

Durante las primeras escaramuzas entre los británicos y las milicias coloniales en la guerra de la Independencia de Estados Unidos, las tropas rebeldes combatieron bajo una bandera conocida como la Continental o, a veces, la Gran Unión. Empleaba 13 barras que alternaban el rojo y el blanco para simbolizar las 13 colonias rebeldes. El 4 de julio de 1776, el Congreso declaró la independencia de Gran Bretaña y, un año después, se aprobó la primera de las tres leyes principales sobre la bandera. El Comité Marino del Segundo Congreso Continental aprobó una resolución que «determinó que la bandera de Estados Unidos tenga 13 barras, rojas y blancas

alternas; que la unión sean 13 estrellas, blancas en un manto azul, que representa una nueva constelación». Ambas trece representaban las 13 colonias independientes actuales, que conformaron los recién estrenados (pero por aquel entonces no tan resplandecientes) Estados Unidos de América.

Sin embargo, la ley no especificaba qué diseño de estrellas debía usarse o si las barras tenían que ser verticales u horizontales, y, hasta el día de hoy, la bandera en ocasiones se cuelga con las barras verticales, puesto que no se considera erróneo. ¿Por qué las estrellas? Eso no se explicó en la época, pero una publicación de 1977 realizada por los estados de la Cámara de Representantes afirma que «La estrella es un símbolo del cielo y del propósito divino al que ha aspirado el hombre desde tiempos inmemoriales».

Tampoco se explicó el simbolismo de los colores de la bandera. No obstante, coinciden con los del Gran Sello de Estados Unidos, cuyo diseño encomendó el Congreso en 1776. Al comité encargado de hacerlo se le pidió que ideara algo que reflejara los valores de los Padres Fundadores. Eligió el rojo, el blanco y el azul, y el Gran Sello se adoptó en 1782. Al presentar el sello al Congreso Continental, su secretario, Charles Thomson, dijo que los colores «son los usados en la bandera de Estados Unidos de América. El blanco significa pureza e inocencia. El rojo, resistencia y valor, y el azul significa vigilancia, perseverancia y justicia». Aún se emplea para autenticar algunos documentos federales y aparece en los pasaportes de Estados Unidos.

Uno pensaría que sería así, pero como es la bandera de todo estadounidense, cada uno es libre de interpretar los colores como quiera. Algunos dicen que el rojo corresponde a la sangre de los patriotas que murieron en la guerra de la Independencia, otros que es la de todos aquellos que perdieron la vida luchando por el país. Es posible, por supuesto, que el

rojo, el blanco y el azul se les ocurrieran en 1776 porque son los colores de la bandera británica, pero esa interpretación podría no sentar tan bien en la tierra de los ahora libres.

La identidad del diseñador de la bandera original es incierta. Cuenta la leyenda que una costurera llamada Betsy Ross, que hacía banderas para la armada de Pensilvania, fue la responsable de la primera versión. Eso es al menos lo que contó su nieto en una reunión de la Sociedad Histórica en Filadelfia en 1870. Sin embargo, también existe una factura enviada al Congreso por un tal Francis Hopkinson, que insistió en que, a cambio de diseñar la bandera, el Congreso le debía «dos barriles de cerveza». El jurado sigue deliberando.

Unos años después surgió un problema. En 1791, Vermont se incorporó a la Unión, y luego, al año siguiente, lo hizo Kentucky. Esto llevó a la Ley de la Bandera de 1794, que estipulaba que se añadiría a la bandera otra estrella y otra barra por cada nuevo estado que se incorporara. Esta es la bandera que con el tiempo sería conocida como la bandera estrellada, debido al poema que se convirtió en el himno nacional de Estados Unidos y del que se hablará más adelante.

En 1818, la bandera pasó a tener más rayas que una cebra, con 18 estados y con Maine y Misuri haciendo chiribitas en los ojos de la Unión. Así pues, se aprobó la tercera Ley de la Bandera, que mantenía la idea de una estrella adicional por cada nuevo estado pero volvía a las 13 barras originales de los primeros 13 estados. El Congreso, no obstante, aún no había precisado qué patrón debían formar las estrellas, por lo que hay muchas versiones de la bandera del siglo XIX que todavía se encuentran en los museos del país. En 1912, el presidente Taft aprobó una ley que establecía exactamente qué aspecto debería tener la (por entonces) bandera de 48 estrellas, y que, excepto por la inclusión de dos estrellas más, es la que se puede ver en la actualidad.

Salvo por una estrella o cuarenta, la bandera de 1792 es prácticamente igual a la que el abogado y poeta estadounidense Francis Scott Key dedicó una oda inspiradora en 1814 y que se convirtió en el himno nacional, aunque no lo fue hasta 1931. El poema es fundamental para entender cómo y por qué la bandera despertó la imaginación del público; cómo un diseño sencillo, incluso arbitrario, creado en la agitación de la revolución pudo, con el tiempo, llegar a encarnar los valores supremos de la nación más poderosa de la tierra.

El himno nace de un conflicto que no empezaron los británicos. Estaban luchando contra los franceses en las guerras napoleónicas y el conflicto llegó hasta el Nuevo Mundo, porque de vez en cuando saqueaban buques estadounidenses. El presidente Madison aprovechó la oportunidad para declarar la guerra a Gran Bretaña en 1812. Por desgracia para Madison, Napoleón se equivocó terriblemente, perdió la guerra que estaba librando con la mayor parte de Europa y fue exiliado en 1814, dejando así vía libre al poderío de la por entonces superpotencia mundial para que hablara con el país que podría ocupar su lugar.

En 1814, las tropas británicas habían reducido a cenizas la Casa Blanca y su armada se hallaba en la costa de Baltimore preparada para bombardear Fort McHenry, la estructura vital que defendía la ciudad. Y así lo hizo. Mucho. Cuando al ataque estaba a punto de empezar, hizo su aparición Francis Scott Key, meciéndose en una embarcación junto al poderío de la armada británica, y pidió que liberaran a algunos prisioneros. Al final logró su propósito, pero debido a que pudo haber visto los preparativos de los británicos para el asalto, estos pensaron que sería prudente dejarlo a bordo durante unos días mientras destruían el fuerte.

A las 6:30 del 13 de septiembre de 1814, con Key en la cubierta de uno de los buques de guerra, lanzaron la primera

de 1.500 bombas y 800 cohetes contra la edificación. Durante gran parte de las siguientes veinticinco horas, miró a través del humo y de la luz arrojada por las explosiones para ver si seguía ondeando la gigantesca bandera estadounidense en el fuerte, o si el bombardeo había permitido que las tropas de infantería británicas que estaban a la espera atacaran e izaran la suya.

El ataque fue un auténtico fracaso: el fuerte se mantuvo en pie y tan solo hubo cuatro víctimas en el bando estadounidense. Mientras Key observaba, las barras y estrellas seguían ondeando al viento matinal. Ahí escribió el himno y luego, en la cubierta de un buque de guerra británico: «Y el rojo fulgor de los cohetes, las bombas estallando en el aire, dieron prueba en la noche de que nuestra bandera aún estaba ahí». La primera estrofa acababa con una pregunta, dado que todavía no tenía la certeza de si se impondría la estadounidense: «Oh, di tú, ¿sigue ondeando la bandera estrellada sobre la tierra del libre y el hogar del valiente?». Pocas semanas después, los versos se publicaron y se extendieron desde Baltimore por todo Estados Unidos. Con los años, el interrogante ha pasado a ser redundante en un siglo americano cada vez más confiado.

La bandera original que sobrevivió al bombardeo de Fort McHenry ha permanecido en el Museo Nacional de Historia Americana en el Instituto Smithsonian desde 1907. En la actualidad, se halla colgada en una cámara con un ambiente controlado, bajo en oxígeno y con poca luz, para ayudar a su conservación.

Este es el diseño de la bandera bajo la que combatieron los estadounidenses, como dice el himno de batalla de los marines: «Desde los salones de Moctezuma a las costas de Trípoli». Esta es la bandera que ondeaba cuando crearon el imperio estadounidense, abriéndose paso incluso más hacia el oeste a través del continente, desde los Apalaches, pasando por las llanuras, hasta las Rocosas y hacia el Pacífico.

Cambió sobre la marcha, y se añadieron nuevas estrellas a medida que otros estados se incorporaban a la Unión. Las unidades de artillería fueron las primeras en las fuerzas armadas que usaron su diseño básico (con alternancias) como bandera de combate en la década de 1830, luego lo hizo la infantería en 1842 y, por último, la caballería en 1861. La caballería tenía un guion de barras y estrellas, que era una bandera con un triángulo cortado en el medio de la parte derecha, y que formaba dos puntas, y con las estrellas agrupadas en un círculo en el extremo superior del lado del asta. Este era uno de los diseños que llevó el general Custer del Séptimo de Caballería en la batalla de Little Big Horn en Montana en 1876.

Los hombres de Custer habrán estado familiarizados con otra bandera famosa, la Gadsden, si bien incluso en esa época ya se consideraba una reliquia de la guerra colonial. La bandera de Gadsden fue diseñada por el general de brigada Christopher Gadsden (1724-1805) durante la revolución de Estados Unidos, y los Marines Continentales la usaron como bandera de combate. El fondo es amarillo, y muestra una serpiente de cascabel enroscada bajo la cual se leen las palabras: «No me pises». No es una petición; es una advertencia.

En aquella época, el mensaje era claro; la serpiente de cascabel se halló en algunas de las 13 colonias y, en tiempos de la revolución, ya se asociaba a ellas. El lema «No me pises» era claramente un aviso para los británicos y sirvió para ayudar a movilizar en contra a la opinión pública por formar parte de su imperio.

Posteriormente disminuyó su uso, pese a un repunte pasajero en el sur durante la guerra de Secesión. No obstante, en la década de 1970, activistas de círculos libertarios la adoptaron de nuevo como símbolo de individualismo y desconfianza del gran Gobierno.

Su popularidad aumentó después del 11S. La consigna caló hondo en un público estupefacto por haber sido atacado en su patria. Las ventas de la bandera, y demás parafernalia, aumentaron de forma constante a principios de este siglo y empezó a aparecer en las matrículas de los coches y en las gorras de béisbol.

Luego, en torno a 2010, los simpatizantes del Tea Party y los grupos defensores de las armas lo tomaron como un llamamiento, pero también comenzaron a repuntar otras connotaciones. Los extremistas, contrarios al primer presidente negro, se apropiaron de la bandera y poco a poco, en algunas mentes, pasó a asociarse con el racismo, ayudado por el hecho de que Gadsden había sido un esclavista.

En 2014, se pidió a la Comisión de Igualdad de Oportunidades en el Empleo que juzgara un caso presentado por un trabajador de correos, que decía que la costumbre de un compañero de llevar a menudo al trabajo una gorra con la bandera de Gadsden era hostigamiento racial. La Comisión acordó que los hechos eran suficientes para que se investigaran, pero en una directiva no llegó a decidir que la bandera era un símbolo racista y que llevarla constituía una discriminación.

Para quienes están firmemente a favor o en contra de la bandera, la ambigüedad del tema no forma parte de su cosmovisión. Si uno está en un lado de la discusión, apunta a la parte de la directiva de la Comisión que enuncia: «Es evidente que la bandera de Gadsden tuvo su origen en la guerra de la Independencia en un contexto no racial». En el otro lado, el párrafo que salta a la vista es que la bandera «se interpreta a veces para transmitir mensajes con tintes raciales en determinados contextos».

Para los demás, las palabras clave aquí son «en determinados contextos». Como veremos más adelante en el libro, los

británicos, sobre todo los ingleses, han pasado por argumentos parecidos. Hubo periodos a finales del siglo anterior en los que, dentro del contexto, enarbolar la bandera británica se interpretaba como potencialmente racista.

Las banderas pueden tener «numerosos significados». Uno puede pensar una cosa cuando enarbola una, pero otro tal vez piense que se refería a algo totalmente distinto. Demostrar la intención, a menos que el símbolo sea evidente, es difícil, lo que nos lleva a la segunda bandera estadounidense más célebre.

Durante la guerra de Secesión (1861-1865), el norte combatió bajo banderas con las barras y estrellas, y es a partir de una de ellas de donde nace el apodo «vieja gloria». Un capitán de navío retirado del norte, William Driver, le había dado desde hacía mucho tiempo ese nombre a las barras y estrellas que enarbolaba en su barco. Durante la guerra, se encontraba en Nashville, Tennessee, donde los confederados armados del lugar le exigieron que entregara la bandera; la única respuesta que recibieron fue: «Si queréis mi bandera, tendréis que cogerla de mi cadáver». La bandera se ocultó posteriormente hasta que las fuerzas de la Unión del Sexto Regimiento de Ohio tomaron la ciudad y Driver se presentó con ella. El Sexto de Ohio adoptó más tarde el lema «vieja gloria» y la historia se extendió por todo el país. El capitán Driver está enterrado en Nashville y su tumba es uno de los pocos lugares en los que la bandera estadounidense puede ondear de forma oficial las veinticuatro horas del día.

El norte tenía su bandera, pero los ejércitos de los estados sureños también tenían la suya; de hecho, había varias versiones, y la que se ha convertido en el símbolo reconocible del sur comenzó como bandera de combate, en lugar de la oficial de la Confederación. Fue conocida como la bandera confederada (y también como la bandera Dixie o la Cruz del Sur), y tenía un fondo rojo con una cruz azul en diagonal y estrellas blancas

en su interior. Los estados norteaños ganaron la guerra, y posteriormente muchos sureños continuaron enarbolando la bandera confederada en las reuniones, las ceremonias y los funerales de la guerra de Secesión. Conmemoraba a los caídos en la guerra y homenajaba a una cultura claramente sureña. Sin embargo, también acabó asociándose a los sureños que habían luchado para defender la esclavitud, y quienes, después del desastre, se aseguraron de que la población negra fuera objeto de numerosos actos de racismo destinados a garantizar que no pudieran salir de la servidumbre. Entre ellos estaban las conocidas leyes de «Jim Crow», que impedían de manera eficaz que muchos negros votaran. No obstante, la bandera Dixie, como el símbolo más evidente de esto, solo se reconoció a nivel nacional y posteriormente internacional a finales de la década de 1940. Si vemos el épico éxito de taquilla de 1915 del cine mudo *El nacimiento de una nación*, de D. W. Griffith, observaremos, junto con continuos estereotipos raciales de los afroamericanos, numerosas escenas que muestran a masas del Ku Klux Klan, que se formó con posterioridad a la guerra de Secesión. Aun así, en ninguno de ellos se ve la bandera confederada, ni tampoco aparece en escenas bélicas anteriores a la guerra de Secesión.

Tras la Primera Guerra Mundial se produjo un rápido aumento de los grupos supremacistas blancos, sobre todo en el sur, y poco a poco los miembros del Ku Klux Klan adoptaron el emblema. En 1948, la bandera confederada pasó a ser el símbolo del Partido Demócrata de los Derechos de los Estados, puesto que intentó apuntalar la segregación contra el incipiente movimiento por los derechos civiles. El artículo 4 de la Constitución de los apodados como «Dixiecrats» declaraba: «Representamos la segregación de las razas».

A pesar de esta asociación negativa, a lo largo de la década de 1950, la bandera también volvió a tener mayor presencia

como icono cultural. Para algunos, era tan solo una forma de identificar el patrimonio y el orgullo regional, y representar el hecho de la guerra de Secesión. Llegó a utilizarse ampliamente en la publicidad y en la cultura popular. Por ejemplo, la longeva serie de televisión *Dukes of Hazzard* cuenta la historia de dos primos que recorren Georgia en un Dodge Charger tuneado al que llamaron «General Lee» por el famoso héroe de la guerra de Secesión. En el techo llevaban la bandera confederada. Esto no pretendía sugerir que los Dukes apoyaran la segregación; tan solo que eran unos «buenos chicos» del sur.

Sin embargo, dadas sus connotaciones políticas y sus asociaciones con el Ku Klux Klan, se ha llegado a considerar, en algunas circunstancias, inadecuado que la bandera ondee en lugares públicos. En Carolina del Sur, en 2015, se arrió con ceremoniosidad y se retiró de la zona del Capitolio tras el asesinato de nueve feligreses negros a manos de un hombre blanco, Dylann Roof. La presencia de Roof en internet lo mostraba escupiendo en las barras y estrellas y agitando la bandera confederada. Tras la ceremonia, el presidente Obama tuiteó: «Carolina del Sur arría la bandera confederada, una señal de buena voluntad y un paso reconciliador y significativo hacia un futuro mejor».

Entre 1865 y aproximadamente la década de 1950, la bandera confederada nunca supuso un problema serio para las barras y estrellas en cuanto a popularidad, pero durante la segunda mitad del siglo xx se convirtió en un recordatorio de que no todas las cuestiones de la guerra de Secesión formaban parte del pasado. No obstante, por aquel entonces sus colores estaban firmemente integrados en la conciencia de Estados Unidos en la figura de las barras y estrellas.

Esta bandera ha visto pasar a los estadounidenses por dos guerras mundiales, Corea, Vietnam, Irak, Afganistán y el 11S. También ha ondeado en las tormentas de polvo de la Gran

Depresión y durante el movimiento por los derechos civiles. Ha ondeado en cientos de ceremonias de entrega de la medalla de oro en los Juegos Olímpicos cuando el país celebra la continuación de su juventud y fuerza. Ha ondeado en la cima del Everest e incluso se ha desplegado en la Luna. A través de todas estas luchas y victorias, ha llegado a condensar muchos de los valores que aprecia Estados Unidos, sobre todo la libertad y el éxito. No sorprende que la mayoría de los estadounidenses trate la bandera con tanto respeto, algunos hasta un punto tal que los foráneos pueden considerar extraño.

Las leyes y los códigos de conducta que rodean la forma de tratar la bandera de Estados Unidos asombran por su complejidad, simbolismo y número. Es en estas leyes donde vislumbramos el profundo sentir de lo que a veces parece casi un objeto sagrado, y oímos sin parar las palabras clave que tocan la fibra sensible de muchos estadounidenses, como la «pertenencia», el «honor» y el «respeto». Las normas relativas a la bandera llenarían un libro, pero los pocos ejemplos que se citan a continuación —algunos son leyes federales en virtud del Código de la Bandera— nos dicen qué sienten los estadounidenses patrióticos cuando ven la bandera, la tocan y piensan en ella.

Cuando suena el himno nacional y se despliega la bandera, se supone que los estadounidenses no uniformados se han de poner firmes mirando a la bandera y con la mano derecha en el corazón. Quienes llevan uniforme deben empezar a saludar a la bandera cuando suena la primera nota musical y mantener el saludo hasta que termina la última nota. No importa si la melodía es más acorde con una noche de borrachera en un karaoke durante las horas muertas de Tokio o tal vez con el final de una ópera de Verdi mientras una mujer gorda muere de tisis. No es culpa del gran público estadounidense si su himno cubre una octava y media. Normalmente, alguien desafina en los partidos de béisbol, baloncesto y fútbol americano

tras haber ganado una liguilla el año anterior y consigue destrozarlo entonándolo demasiado agudo o demasiado grave. Hay una mezcla de cambios de acordes tan compleja que, si se empieza mal, se acaba mal.

Pero volvamos a las leyes relativas a la forma de tratar el símbolo del país. Las cosas empiezan a ponerse serias: «No debe mostrarse una falta de respeto a la bandera de Estados Unidos de América; la bandera no debe dejarse caer sobre ninguna persona u objeto». «Cuando la bandera está desplegada para que sea visible en una calle, ha de estar colgada verticalmente, con las estrellas hacia el norte o el este. No debe tocar los edificios, el suelo, los árboles o arbustos», y así sigue varias páginas más, entre ellas: «Cuando la bandera se usa para cubrir un ataúd, se ha de colocar la Unión en la cabeza y encima del hombro izquierdo. La bandera no se debe meter dentro de la tumba ni dejar que toque el suelo». «La bandera nunca se debe emplear con fines publicitarios.» «La bandera representa a un país vivo y se considera algo vivo. Por tanto, el pin con la bandera en la solapa, al ser una réplica, se ha de llevar en la solapa izquierda cerca del corazón.»

Si bien no todas estas normas se respetan, sobre todo la relativa a la publicidad, la realidad sigue siendo que la bandera es un símbolo venerado. Esta veneración se extiende hasta el momento de plegarla. He visto hacerlo varias veces en los funerales de soldados estadounidenses. Por escrito queda raro; si la bandera se limitara a guardarse en un cajón, el ritual podría parecer un poco excesivo, pero durante un funeral, la forma lenta y cuidadosa de recoger y doblar la bandera, hecho en silencio, puede ser bastante conmovedora. Creer en el servicio a la patria está sin duda más desarrollado en Estados Unidos que en muchos otros lugares, y la idea de sacrificarse por una causa mantiene el dominio de la psique colectiva de las fuerzas armadas estadounidenses, en especial el Cuerpo de Marines.

Cuando se asiste al funeral, o al acto conmemorativo, de un marine de Estados Unidos muerto en combate, se tiene la sensación de que se trata de un asunto familiar.

Por eso, si bien el detalle de doblar la bandera suena en teoría exagerado, en la práctica parece adecuado.

Enderezar toda la bandera y doblarla a lo largo una vez. Doblarla a lo largo una segunda vez hasta juntarla con el borde abierto, asegurándose de que la Unión de las estrellas con el fondo azul sigue quedando en la parte de fuera bien visible. Luego se hace un pliegue triangular llevando la esquina con las barras del extremo doblado hasta el extremo abierto.

Y así sigue hasta que solo queda visible el azul y la bandera adquiere la forma de un sombrero de tres picos, representativo del tricornio que llevaban los patriotas durante la revolución de Estados Unidos.

Para las fuerzas armadas de Estados Unidos, que supervisan la arriada de la bandera y la ceremonia de plegado todas las tardes o en los funerales, cada pliegue tiene un significado. El primero simboliza la vida; el segundo, la creencia en la vida eterna; el tercero, la creencia en la resurrección del cuerpo, y así hasta el quinto pliegue, que hace referencia a las famosas palabras del oficial de la Marina Stephen Decatur acerca de «nuestro país», «correcto o incorrecto», hasta el octavo, «un homenaje a quien se adentró en el valle de la sombra de la muerte, para que podamos ver la luz del día». En la secuencia final, el azul envuelve a las barras rojas y blancas y, según los militares, «la luz del día se desvanece en la oscuridad de la noche». Parte de esto podría considerarse un problema debido a su trasfondo cristiano, pero, del mismo modo que la Constitución no estipula a qué dios adora Estados Unidos, el ejército estadounidense no entra en detalles.

El Código de la Bandera guía asimismo a los estadounidenses sobre cómo limpiar y remendar la bandera en caso necesario, pero «Cuando una bandera está tan desgastada que ya no puede utilizarse como símbolo de nuestro país, se debe destruir quemándola de manera digna». Y ahí hay una historia; mejor dicho, un funeral. Las directrices del Código de la Bandera de Estados Unidos sobre la ceremonia para quemar la bandera incluyen los siguientes consejos:

Para ciudadanos a título individual, grupos pequeños u organizaciones, esto debe hacerse con discreción para que el acto de destrucción no se perciba como una protesta o profanación. [...] se puede añadir una silla vacía como «lugar de honor» para los amantes de la vieja gloria ya fallecidos o que están demasiado enfermos para asistir.

Inicio de la ceremonia. Incluye un capellán u oración, según la tradición.

MAESTRO DE CEREMONIAS: «Nos hemos reunido aquí para destruir estas banderas que se ha considerado que ya no son utilizables. Estas banderas han inspirado a quienes deseaban saborear la libertad y han representado la esperanza para los oprimidos por la tiranía y el terror. Sabed que estas banderas han hecho un buen servicio y de manera honorable. Sus barras y estrellas se han liberado a los vientos de libertad y han disfrutado de la luz de la libertad».

Esto prosigue hasta un cierto punto y finaliza con todos cantando *God Bless America*.

Hay ceremonias incluso más formales. En ellas, antes de la quema, al menos seis voluntarios, denominados «grupo de retirados», permanecen detrás para cortar la bandera en varios trozos. Cuatro de ellos sostienen cada una de las esquinas,

otro corta la bandera y otro recibe los trozos cortados. De nuevo, tiene lugar una ceremonia compleja que concluye así:

La bandera se quema a continuación en una hoguera que contiene secuoya, «para recordar a los fervientes estadounidenses que lucharon y murieron para crear nuestra nación bajo esta bandera. Roble, para la fuerza robusta que llevó la bandera por esta nación y que hoy llega hasta las estrellas. Cedro, para protegernos de la pestilencia y la corrupción y preservar nuestra forma de vida estadounidense» y «nogal, para recordar la tierra fértil, las hermosas campiñas y la fecunda fraternidad que fundaron nuestros antepasados».

Algunos patriotas de Estados Unidos llegan en realidad a tales extremos. Es parecido a la tradición judía ortodoxa, donde se entierra un rollo de la Torá deteriorado en un cementerio con el fin de mostrar un respeto absoluto a las «palabras de Dios»; es un recordatorio del grado de totemismo que tiene la bandera para los estadounidenses.

Es probable que la mayoría de los estadounidenses no haya asistido a una ceremonia de «retiro» de su bandera, y algunos lo verán como un ritual que va demasiado lejos. Pese a todo, esto no significa que se sentirían tranquilos si vieran quemar, o profanar, su bandera con rabia. Quemar la bandera estadounidense es un hecho frecuente en algunos lugares del mundo, sobre todo en Oriente Medio, pero también tiene lugar en Estados Unidos. Dondequiera que se produzca, los responsables saben muy bien lo que están haciendo y las emociones que despertará. Incluso si no pueden expresar el significado de sus actos, saben de manera instintiva que están causando una gran ofensa, que es precisamente el motivo por el que lo hacen. He visto arder la bandera en Pakistán, Irak, Egipto, Gaza, Irán y Siria. En todos los casos había algo de infantil en la ira

incapaz de expresarse que lo acompañaba. Quienes la quemaban estaban manifestando, claro está, sus sentimientos a menudo asesinos hacia Estados Unidos, pero también sentí que incluso con el acto sabían inconscientemente que estaban mostrando su frustración por la impotencia ante el hecho de que el sistema que tanto odian funcione tan bien. Los participantes provenían también de culturas que casi hacen del honor un talismán y que encuentran un enorme placer en deshonrar a un «enemigo».

Ver a personas en el extranjero quemar la bandera de tu país puede suscitar emociones distintas que si quienes la queman en tu propio país son compatriotas; en cierto modo, la indignación que causan estos últimos es incluso mayor. Pocos años antes de su muerte, el cantante estadounidense Johnny Cash presentó su canción sobre las barras y estrellas titulada «Ragged Old Flag». Se dirigió a un auditorio abarrotado con las siguientes palabras: «Doy gracias a Dios por todas las libertades que tenemos en este país. Las aprecio. Incluso los derechos a quemar la bandera, ya sabéis, me siento orgulloso de esos derechos». Esto sorprendió al público amante del *country* y del oeste, algunos de los cuales empezaron a abuchear antes de que Cash pidiera silencio y añadiera: «Pero os diré algo. También tenemos derecho a portar armas, y si quemas mi bandera, te pegaré un tiro».

Fue una interpretación interesante sobre la jerarquía de la Primera Enmienda: «El Congreso no aprobará ninguna ley conducente al establecimiento o a la prohibición del libre ejercicio de religión alguna; o que limite la libertad de expresión ni la libertad de prensa; o el derecho de reunión pacífica, o solicitar al Gobierno una compensación por agravios». Y la Segunda: «Siendo necesaria una milicia debidamente reglamentada para la seguridad de un Estado libre, no se violará el derecho del pueblo a poseer y portar armas».